



OCTAVIO PAZ
por Javier Sicilia

La influencia que ha ejercido Octavio Paz entre la joven generación de México es algo que no se puede ni se debe poner en tela de juicio. En ella hay mucho de positivo y no un menor caudal de negatividad. Pero si lo positivo es algo que todavía está nebuloso —la brevedad del tiempo y del espacio que nos separa de su personalidad y de su obra nos impide mirarlo con la distancia y la claridad necesarias para apreciar el verdadero pensamiento, pues todavía no acaba de aparecer con la luminosidad y la exhuberancia que le son propias cuando ya nos hemos indigestado con su caudal— lo negativo toma un rango prioritario y más definido cuanto que es el producto de esa positividad prematura con la que la hemos acogido. Y en efecto, el hecho de que recientemente haya muerto Manuel Maples Arce, uno de los espíritus a quien tal vez más le debemos, y sin embargo, todavía después de tantos años que separan su muerte de las grandes aportaciones que nos legó, no llegamos a conocer y agradecer como se debe, y el que este ciclo de homenajes se haya abierto con la eterna ceremonia a Octavio Paz, es algo que da claras muestras de esta indigestión. Indigestión u homenaje, el problema es el mismo: rendir tributo y juramento de fidelidad a alguien: *hōnimaticum* dicen nuestras raíces latinas ¿Podemos esperar tal contradicción entre el pensamiento y el conocimiento? ¿Tal divorcio entre lo que es el conocer y lo que ahora hacemos nosotros, los que comenzamos a ejercitarnos en este campo? El conocer no *reivindica* para sí más que las prerrogativas de su desinterés. Quien ejerce el conocimiento no persigue otro objeto que el de hacer crítica desinteresadamente y permitir que otras críticas puedan oponerse a sus descubrimientos, pues sólo así el conocimiento cobra el objeto de su sentido, que no es otro que el de permanecer sin una meta específica, satisfaciendo únicamente el cambio, la crítica constante, la movilidad de la vida.

Pero he aquí que no solo en México y en nuestra época, por desgracia para la originalidad que la vida se ha aportado a sí misma con el conocimiento, el conocer parece degradarse hasta convertirse en homenaje. El fondo del conocimiento sigue siendo el mismo, pero su aspecto cambia, especialmente cuando es acogido por masas, o incluso por pequeños grupos (es algo inherente a todo aquello que se conglomerar), y cambia no en el sentido de transforma-

ción, de movilidad constante, lo cual volvería a la esencia original del conocimiento, sino en un sentido inverso: en el sentido en que va en busca de un estatismo que quiere perpetuarse en su continuidad. En otras palabras, corre al encuentro de una verdad que en ningún momento el conocimiento sincero pretende. Aquellos, por ejemplo, que en todas las épocas han recurrido al conocimiento, lo han ejercitado y han aceptado para sí la complacencia que el poder regala a sus descubrimientos, ya no se consideran insertos en el flujo de la vida, le han inventado un contenido y un sentido: el que su propia pasión le otorga al intentar contener la verdad; aquellos otros que le rinden tributo ¿no le conceden un valor que no le es propio y al concedérselo, no fragmentan aún más el aspecto crítico del conocimiento? pues al complacer a la "verdad" destierran de sí mismos el ejercicio substancial e incómodo del conocimiento, la tradición original del espíritu y de la vida humana.

Pero esta indigestión en la que con frecuencia cae el pensamiento, queriendo otorgarse un sitio en el conocer con la posición, el ejercicio y los argumentos contrarios, sólo pone de relieve la naturaleza ideológica, o mejor parcial del asunto, ya que toda ideología no *reivindica* para el conocimiento más que las prerrogativas de la "verdad" y hace que el conocimiento sirva a la "verdad", cuando él mismo no puede atarse para siempre a ningún contenido. El pensamiento, quisiera parafrasear a Cuesta, no es enemigo del conocimiento, pero quien se opone al conocer, lo hace con el pensamiento, y precisamente con el pensamiento que seducido por la "verdad" se estatiza.

Tal vez no haya habido en toda la historia del hombre algo más indigesto que la "verdad", y en este sentido nada más espantoso que la "verdad" que un grupo o una masa otorga a quien la sustenta; la verdad que no es prerrogativa de la vida, y menos aún prerrogativa de un grupo, pues no es él quien la ha generado, sino quien la sustenta con la servidumbre que al aceptar su esclavitud muestra el dominio de su amo, —seducido por la fuerza de unos argumentos y de una figura muestra la pobreza de su espíritu y creyendo servir al conocimiento, creyendo hacer depender su actitud de la superioridad del amo, sólo sirve a su propia mediocridad y ata su dependencia a la inferioridad del siervo— únicamente muestra un pensamiento que se ha vuelto gregario.

Pero si esta es la actitud de los más: tras cualquier poder siempre hay algo: un grupo, una masa. . . que lo alimenta con su indigestión y sólo sabe otorgar al conocimiento el acto más parcial y más contrario a la vida y al conocer: el homenaje. La actitud de aquel que utilizando el conocimiento acepta para sí, como ya dije, el poder que el conocimiento otorga a la ficción de la "verdad" y encuentra en la indigestión y en el acto de fidelidad de aquellos la justificación y la complacencia necesarias para satisfacerse, no está más lejos que los primeros. Quien se hace de siervos para su disposición a la "verdad" y en ella finca su poder y su gloria sólo muestra que él mismo sirve también a sus propios fantasmas. Y en verdad, la servidumbre no es propiedad única del siervo, sino que amo y siervo hacen en sí la servidumbre, puesto que su objetivo es la manutención del poder y de la "verdad". Es por eso que el problema del poder y de la verdad, del homenaje que no es sino indigestión, y del poder que no es sino idolatría a las ideas no desaparece: la actitud del siervo y del amo la hacen vivir y ya no lo detectan como problema, sino como "verdad", ausente de toda contradicción. Así sucede que donde no existe ya ningún apego al conocimiento sincero, aparece repentinamente el amo, ya sea utilizando el conocimiento para recaudar sus fines, ya sea excluyendo y ninguneando a los que practican el conocimiento sin más fin que el propio conocimiento y ante el cual el siervo que, hasta ese entonces, se encontraba desprotegido corre inmediatamente y lo idolatra.

El señor Octavio Paz es aquí y en nuestro mundo: el del conocimiento

dependiente, el amo. Alguien alguna vez con cierta malicia y no sin una gran dosis de realidad decía que actualmente "nuestra literatura descansa en Paz". Lo que ya no puede volver a retomar el impulso de su propia vitalidad tiene necesariamente que descansar en paz y el señor Paz tiene que descansar sobre sí mismo, es decir sobre sus ideas a las que ha sabido inocular una fuerte dosis de "verdad" y de poder, para satisfacción del pensamiento gregario. Y en efecto, no existe nada más contrario al conocimiento que el pensamiento que utilizando el conocer enmascara su fin y en él descansa. Y al contrario, nada más cercano y cómplice de una servidumbre que ese mismo fin descubierto bajo el conocimiento expuesto. Octavio Paz ha ejercido innumerables veces esta forma de actividad, es una forma inteligente de descansar y hacer que otros descansen. En uno de sus últimos libros *El Ogro Filantrópico* aparece un ensayo "El escritor y el poder" donde Paz intenta hacer una crítica al poder oficial. En él el señor Paz denuncia la "verdad" del Estado otorgándose para sí y para cualquier intelectual las prerrogativas de una marginalidad que les permita situarse en una posición de absoluta libertad para ejercer una actividad crítica. "Como escritor —dice Octavio Paz— mi deber es preservar mi marginalidad frente al Estado, los partidos, las ideologías y la sociedad misma. Contra el poder y sus abusos, contra la seducción de la autoridad, contra la fascinación de la ortodoxia". Quien quiere hacer una crítica desinteresada tiene que estar situado en el conocimiento, casi de la misma manera como un científico está situado frente a su objeto de estudio, con la distancia que permite poner en duda todo. Pero además, con la plena conciencia de que dada su realidad, que no es la de un anacoreta, ni la de un monje encaustrado, sino la de un individuo enclavado en el centro del sistema y del discurso del sistema, debe tomar una posición. La que sea. Sin que por ello la posición escogida determine su posición dentro del conocimiento. La posición tomada no es la verdad, y esta no verdad se puede determinar en la forma en que el conocimiento crítico y desinteresado asume una nueva forma de discurso. Pienso en Sartre y su posición marxista. La posición tomada es una simple forma que permite al intelectual no caer en el absurdo de una crítica vacía. Es una simple forma de posición momentánea que permite estar situado en el centro de la lucha para poder realizar el conocimiento crítico, precisamente allí, donde, para decirlo con Foucault, el discurso del poder "es a la vez el objeto y el instrumento en el orden del 'saber', de la 'verdad', de la 'conciencia', del 'discurso'". Pero el señor Paz parece querer situarse fuera del problema, quisiera no mancharse —todos quisiéramos estar limpios de culpa—, quisiera tomar la posición de Dios para poder juzgar en libertad, con la distancia del que está purificado y está libre para lanzar la primera piedra, sin sufrir ninguna incomodidad, y al intentar hacerlo sólo consigue ser asimilado por el poder y el discurso de poder que critica, pues al querer situarse en una posición que no existe —incluso Dios no sustenta esa pureza de atributos que la mente humana le ha creado por su resentimiento a aquellos que no aceptan su verdad, que están situados del lado del paganismo y del error—, es asimilado por la posición más fuerte: por el propio discurso y la propia oficialidad que critica. Cuando Paz intenta estar afuera, está adentro y muy adentro. Y quisiera llegado a este punto, tomar algunas ideas de un extenso trabajo de Jaime Moreno Villarreal que, todavía no publicado como se debe, permanece en forma de tesis bajo el título *Discurso de Poder en la Literatura Mexicana Reciente*, y algunas cuestiones del libro de Aguilar Mora que, conocido por todos, ha sido ninguneado por una gran mayoría, acusándolo de ininteligible y oscuro —una de las tantas formas que el poder utiliza para nulificar a sus oponentes—. La ausencia, por otra parte, de Aguilar Mora en esta mesa es extraña. Según Moreno Villarreal

la actitud política de Octavio Paz está en acorde con la concepción que él mismo tiene de la dialéctica, que comentaremos más tarde. Su situación de "marginalidad" está dentro del discurso de poder. Veamos ésto. En el mismo ensayo "El escritor y el poder" Paz propone que el sistema político mexicano es "dual". Se sitúa entre el "partido" que es "la continuidad" y "el monopolio de la vida pública" y "los presidentes" que determinan "la renovación sexenal" del monopolio. Moreno Villarreal, comentando este fragmento, se asombra de que después de los acontecimientos de 1968 se hable de "dualidad en el sistema político mexicano" y no se mencione a la oposición. Lo que remite al concepto de Paz sobre la tradición de la ruptura "donde, cito a Moreno Villarreal, la oposición se manifiesta contra pasado y no contra presente". "La dualidad" que señala Paz "no es oposición, sino complementariedad". Y en efecto, si nos remontamos a la continuidad de la tradición de la ruptura sostenida por el señor Paz en 1966 en el prólogo al libro *Poesía en Movimiento*, encontramos que Paz, mal interpretando, a mi modo de ver —lo he de discutir en otra parte— las ideas de Jorge Cuesta con respecto a la Universalidad y el Nacionalismo, reproduce los mismos lineamientos que atribuye a "la dualidad" del Estado. En ese prólogo Paz ataca a un nacionalismo muerto —y muerto desde la época en que Cuesta se atrevió a escribir—, crea un concepto basado en la "ruptura y la no-continuidad" y termina por basar sus criterios de selección en la inexistencia del nacionalismo y en la ruptura, lo cual, como dice Moreno Villarreal, "significa no solamente que la tradición es independiente de mexicanismos y sujeta a genios individuales —una idea, por otra parte, netamente Cuestiana—, sino que Paz puede entonces moralmente, verdaderamente, hacer una antología donde incluya a los poetas de esa tradición de la ruptura". Como se ve, el señor Paz reivindica para sí una extraña dialéctica criticado por Aguilar Mora. La extraña dialéctica que no se realiza por oposición de contrarios en el presente, sino por la oposición de contrarios que se da entre el pasado y el presente. El señor Paz polemiza con el pasado, no con el movimiento presente. Ataca al pasado que ya no puede defenderse y reivindica para sí las prerrogativas de su ruptura en la que cree inmersos a todos sus contemporáneos. Los demás, los que están en el presente y se oponen a ésto no existen para él. En esa forma el propio señor Paz, como lo dice Aguilar Mora, funda su concepción de la tradición de la ruptura en la misma dualidad que critica al sistema político mexicano; una dualidad cuya base está en esa extraña concepción dialéctica "afirmación que es negación/negación que es afirmación, etc.". Los opuesto son idénticos. El señor Paz al afirmar que la tradición está en la ruptura y al mirar esa tradición de ruptura en la oposición que se da entre pasado y presente, excluye a la verdadera oposición; de igual forma, al negar que hay oposición en el presente afirma que la dialéctica se da en el mismo circuito de la tradición. Así esta visión dialéctica que funciona en la concepción de la tradición de la ruptura, dice Moreno Villarreal, equivale a "la visión dual" que Paz impugna al sistema político mexicano. "La dualidad implica el que no haya oposición, ni para la tradición verdadera, ni para el poder verdadero, la dialéctica del poder así, está dentro de él mismo, no ante los que la impugnan. Igual sucede dentro de la tradición: la herencia única no tiene dialéctica con los que la objetan, sino que ejerce su dialéctica propia con los que la ejercen". La imagen del cambio es sólo virtual, no real: cambian las personas (la persona del presidente, la persona del intelectual que ejerce el poder), no el sistema y la idea del sistema, ella permanece, pues está fundada en un principio de "verdad" luminosamente trabado. La persona del presidente cambia con el sexenio, también la persona del intelectual cuando otro lo derrota por una nueva forma de exponer las mismas ideas, lo cual niega la continuidad, pero a su

vez, en la dosis de "verdad" que ella sustenta, permanece dando la imagen virtual de movilidad, cuando en realidad está estática. Los logros de la Revolución siguen existiendo aún cuando cambia el presidente; también la idea de continuidad en la ruptura cuando el intelectual pasa. Esas "verdades" siempre tienen sus lacayos que saben reivindicarlas en el momento en que acceden al poder. Quien sustenta el poder siempre, en alguna forma aparentemente novedosa, sabe integrar su tradición y mostrarla como movilidad.

Ahora bien, no creo, como lo dice Moreno Villarreal e indirectamente Aguilar Mora, que exista entre la posición marginal y crítica que el señor Paz quiere mantener frente al sistema y sus conceptos referentes a la tradición de la ruptura una equivocación de pensamiento que repite los estereotipos de un mismo discurso. El señor Paz es demasiado inteligente y luminoso para caer en esas falsas aberraciones. En todo caso, creo, hay una sutileza de actitud en la exposición de sus ideas que aparentemente contrarias, como lo hemos visto, no lo son. El señor Paz ataca al sistema para pactar con él. Es un móvil hartamente conocido. Pero un móvil poco frecuente en los que utilizan el conocimiento. Si el sistema político mexicano representa el poder y un poder que entre la mayor parte de los grupos intelectuales es vilipendiado, el señor Octavio Paz, como intelectual, se opone, pero no a la manera en que otros los hacen: asumiendo una postura ideológica contraria, ya sea porque crean en ella, o como un medio de tránsito para poder ejercer una crítica desde el conocimiento, sino como hemos visto, asumiendo una posición "pura", "no contaminada", lo que le permite estar con todos y con nadie, lo que le permite ganarse las mejores simpatías —¿a quién no seduce la pureza aunque ésta sea falsa?— y al hacerlo así le permite también integrarse a la parte más fuerte, al propio sistema que critica y reproducir su contenido a otro nivel, con formas de pensamiento bien trabadas, claramente expuestas —al fin y al cabo se ha ejercitado en el conocimiento— con un discurso que el Estado gasta en demagogias. El sistema político lo sabe: sabe reconocer al que enmascarado de enemigo es amigo. Los de una misma clase se reconocen entre sí ¿No hemos visto al señor Paz reproducir con una inteligencia sutil las ideas del sistema en televisa? ¿No lo hemos visto recibir el premio "Ollin Yolitzin" de manos del señor presidente de la República? No, el discurso de pensamiento del señor Paz cuando critica al sistema y cuando habla de tradición de la ruptura no se contradice inconscientemente, se contradice con plena conciencia de causa para unificarse en su profundidad, para manifestar en su intimidad que el discurso de poder que utiliza el sistema político es idéntico al propio discurso que lo critica y reivindica para sí una tradición de ruptura.

Es una forma en que magistralmente el señor Paz se perpetúa y perpetúa su tradición con quien deslumbrados con su luminosidad lo siguen. Pero lo que en la intimidad han sabido descubrir dos jóvenes escritores, ya he dado sus nombres, el mismo discurso que hasta entonces se creía enmascarado, enarbolando una bandera de pureza y de conocimiento, a veces, en muy contadas ocasiones se desenmascara. En 1959, a raíz de que Emmanuel Carballo en octubre de ese mismo año, en el Suplemento *México en la Cultura de Novedades* lo había acusado de plagiar a Salazar Mallén en el *Laberinto de la Soledad*, el señor Paz en un acto de defensa respondió "(De paso no estoy contra el plagio cuando la víctima desaparece. Ya se sabe 'el león se alimenta de cordero'. Pero aquí no hay leones ni corderos). Unos artículos de Salazar Mallén que nadie recuerda, y un libro de Samuel Ramos, que todo el mundo conoce son mis fuentes secretas". Pero en 1979, cuando el profesor Elías Trabulse escribió un prólogo para una antología de Sor Juana Inés de la Cruz: *Florilegio*. La revista *Vuelta* en diciembre del mismo año publica una nota firmada por el propio señor Paz, en donde acusa al profesor Trabulse

de plagio, cuando el propio Octavio Paz puede, en las ideas que defiende como propias, volver a ser acusado de plagiar algunas ideas de *Apuntes Para una Biografía de Sor Juana Inés de la Cruz*, de Salazar Mallén. Pero no se trata de ver aquí si las acusaciones de plagio son fundadas o no, sino de ver cómo el propio Paz se suscribe nuevamente a la dialéctica de la identidad que sólo dentro de la tradición y del discurso del poder tiene vigencia. Si Paz es acusado de plagio, él responde muy bien con el discurso del poder que lo ampara, que está en su derecho, al fin y al cabo es él quien detenta y determina el movimiento de la tradición; si acusa de que lo han plagiado, también está en su derecho, por las mismas razones: la tradición descansa en él y también gran parte de la literatura. Como se ve el señor Paz aquí manifiesta lo que su lúcido pensamiento en su interior determina. El conocimiento ya no sirve al conocer, sino al pensamiento que se satisface en sus fines: detentar el poder y perpetuarse para la posteridad, es decir, sirve a su propia servidumbre.

“Se paga caro, como dice Nietzsche, llegar al poder; el poder embrutece. . .”; y lo más doloroso no está allí, sino en que ese mismo poder también embrutece a quienes seducidos por la luminosidad de un pensamiento que parece servir al conocer, no tienen el menor reparo de servirlo hasta el tributo.

Pero no quiero ser injusto con Octavio Paz, le debo también muchas cosas buenas, y el homenaje que debo rendirle a esta deuda no lo haré aquí, ni en ningún homenaje con estas características, lo haré en el transcurso de lo que yo escriba (su buena influencia está demasiado cerca), tal y como aquí, supongo, he homenajado sin querer, a Cuesta y a Nietzsche. Es de elemental justicia.

